

El tiempo de los bosques

Joaquín Araújo

Una de las aportaciones más válidas del pensamiento presocrático es la tetralogía de los elementos básicos para la vida que nos propuso Empédocles. Aire, agua, tierra y fuego - hoy energía - siguen, en efecto, siendo la base tanto de los sistemas y de los procesos como de cualquiera de las realidades vivientes. Son, como fueron, la raíz de todas las cosas. Pero conviene ampliar. Debemos ser consecuentes con los conocimientos que hoy nos permiten comprender mejor a este ir siendo que llamamos vida.

Y así, a los pilares clásicos, como mínimo habría que sumar a la vida misma, es decir a la biodiversidad, ya que hemos aprendido que lo viviente crea y mantiene una parte sustancial de las condiciones que le permiten ser. De ahí que haya llegado la hora de aceptar que también lo espontáneo, es decir lo no humano, mantiene con el entorno relaciones de reciprocidad insustituibles.

No menos vital para el conjunto de lo que palpita es la comunidad más completa y compleja de cuantas se han desplegado sobre nuestro mundo a lo largo de la evolución. Me refiero al bosque, sobre el que de inmediato volveremos. Pero no sin antes alcanzar el séptimo de los elementos esenciales para la vida, por mucho que la vida no lo necesite en absoluto.

No hay paradoja desde el momento en que estoy haciendo referencia a nuestra estirpe, a la especie humana. Y matizo. Porque si bien lo que urde y mantiene a las criaturas vivientes es muy anterior y sabe funcionar al margen de cualquiera de nuestras decisiones o intenciones, cierto es que hoy la totalidad de la vida depende de las mismas para no colapsar. O lo que es lo mismo. Los humanos hemos llegado a serlo por el impulso creativo de los procesos evolutivos relacionados con la vida. Con todo, somos incapaces de reproducirlos e incluso de sustituirlos por nada igualmente fiable y eficiente. Sin embargo tenemos la capacidad suficiente para destruir la totalidad de las tramas y de los actores de la Biosfera. Esa posibilidad, cada día más emergente, que podríamos calificar de radicalmente contraria a las mencionadas, queda incluida entre los elementos básicos porque de lo que se trata es de que no sea ejercida o, mejor, completada. Se trataría de que uno solo de los factores de los que depende nuestro derredor, no pese más que los otros seis. Desactivar nuestro potencial arrasador y restaurar la creatividad de la Naturaleza es el verdadero propósito del pensamiento ecológico.

Todo lo anterior viene al caso porque también nos sirve para encarar algunas de las posibles apreciaciones con relación a las formaciones arbóreas del planeta. Que, insisto, son cruciales para la totalidad de lo viviente.

Y a las que solo conservaremos si somos capaces de generalizar un racional aprovechamiento de la ingente cantidad de materias, recursos, servicios y principios activos que acompañan a la productividad

biológica de las arboledas. Es decir lo renovable, eso que, como nada ni nadie, ha sido capaz de organizar el bosque.

Recordemos algo que, a pesar de lo mucho que ha propuesto la ciencia y la comunicación, se nos quiere olvidar casi constantemente.

Los bosques resultan imprescindibles para la mayor parte de los ciclos y de los procesos ecológicos del planeta. Son los más activos y fértiles creadores de diferencias en la historia de la vida. Así podemos calificarlos desde el momento en que en ellos se originaron y se mantienen, demasiadas veces a duras penas, casi el 70 %, de las especies de los cinco reinos de la vida. No menor es la eficaz y eficiente tarea que desempeñan de cara a la consecución de aguas limpias y suficientes; aires transparentes; suelos nutritivos y nutritivos; paisajes bellos y estables. Acaso convenga añadir, para que se entienda mejor uno de los párrafos anteriores - el de la vida como garantía para la vida - que los bosques son, en buena medida, creadores de su propio clima. Condiciones de las que disfrutan la totalidad de sus inquilinos y no pocos de los que viven en el planeta, quede donde quede su hogar.

Tampoco podemos desconocer que el bosque acepta y recrea a la totalidad de los otros seis elementos básicos para la vida.


Los bosques son por tanto multiplicadores de oportunidades, por tanto de tiempos renovados para ensayar novedades. Son puntales de todo lo que conocemos.

Precisamente por eso mismo casi todo está zozobrando.

Porque el ritmo de abatimiento de los bosques supera en un 80% al de reposición.

De ahí que lo más sensato, pero sobre todo urgente, sea que nos garanticemos la continuidad de los *servicios*, mucho más que ambientales, *VITALES* que nos proporcionan las arboledas.

Y no existe, de momento, al menos hasta que llegue una reforestación merecedora de tal nombre, un instrumento más eficaz que la certificación forestal. Que pretende, por un lado, informar al consumidor de que la madera procede de un bosque que no ha dejado de serlo. Es decir que tras la extracción de esa materia prima, que por cierto en absoluto es la prestación más valiosa de las arboledas, el bosque no ha desaparecido o mermado en sus capacidades futuras. Viene a ser como la otra cara de la moneda de tanto saqueo, tanta venta ilegal y sobre todo de tanto desgaste de la mejor fuente de aprovisionamiento de los seis elementos básicos para la vida que tenemos los seres humanos.

El proyecto de que las certificaciones forestales alcancen el máximo rango de implantación, es una de las iniciativas con más calado y coherencia de la presente actuación del gobierno en materia ambiental. 



PRESENTACIÓN